

En la noche nos dirigimos al campamento de Saltillo en el centro y los mejores cuerpos de caballería cubrieron la extrema retaguardia. El orden de levantar el campamento quedó en su lugar, pero no hubo un punto en el que se detuviera en el camino, ya que la naturaleza de la guerra...

CAPITULO XV.

EL PLAN DE LA NORIA.

Nuestras marchas se hicieron con regularidad procurando llegar al Saltillo en pleno día. Serian las nueve de la mañana cuando nos avistamos, hicimos un rodeo á la poblacion para entrar por la parte alta en donde está situada una finca que Treviño escogió para Cuartel General y que entiendo es un molino apartado de la poblacion.

El general Martinez fué el encargado de tomar posiciones en los pocos puntos que nos habia dejado el enemigo, é hizo avanzar la columna yendo nosotros con el Estado Mayor, á la cabeza. Luego que estuvimos á tiro de cañon, dominados perfectamente por dos fortalezas que teniamos á nuestro frente sobre los ce-

rrros inmediatos, se nos dirigieron algunas granadas. La tropa no llegó á desconcertarse y siguió avanzando hasta quedar cubierta con los muros de las primeras casas.

En esta maniobra el general Martinez desplegó gran serenidad de ánimo, prudencia y tino, pues sin perder un solo hombre se colocó con sus tropas debajo de los fuegos del enemigo de los fuertes elevados, que eran los mas peligrosos. Cuando estuvimos en las primeras calles se nos hizo un fuego nutrido de fusilería de todas las alturas, que no fué contestado por orden expresa del que en las operaciones de combate habia tomado el mando supremo.

El general Laing con su caballería fué colocado en nuestro flanco derecho protegiendo las operaciones de la infantería que habia de avanzar por aquel punto para cortar en su oportunidad una iglesia fortificada que entiendo lleva el nombre de el Calvario. El flanco izquierdo fué apoyado en artillería é infantería porque allí estaban los fuertes y el terreno se presentaba escabroso. El centro lo ocupamos nosotros con las columnas de ataque,

En el molino se situó el Cuartel general y algunos cuerpos de caballería de reserva mandados por Naranjo y Orellana Noguera.

Luego que los fuegos pudieron permitirnos hacer un reconocimiento mas detallado, establecimos las líneas de circunvalacion, ocupando cuatro manzanas de frente que eran las que debian ser horadadas para seguir avanzando, segun lo permitieran las circunstan-

cias, por el lado que habíamos ocupado que era el único que presentaba mas accesible la ciudad, la cual se había tenido tiempo de fortificar con triples trincheras, hasta venir á formarse el último reducto en la plaza.

Desde luego comprendimos que la empresa no era de fácil realizacion ni de un éxito siquiera probable con los elementos que nos acompañaban. El enemigo era mucho mas fuerte que nosotros en todos respectos: poseía muy buenos cañones y un número infinito de bombas y granadas, con cuyos proyectiles no dejaba de molestarnos ni de dia ni de noche; tenía sobre las armas cerca de tres mil hombres muy bien municionados, de los cuales dos mil eran del Ejército, llevando sobre los nuestros las ventajas de la disciplina y del espíritu militar; esos tres mil hombres eran mandados por jefes espertos que sabían ademas que pronto serían auxiliados con tropas de refresco por el gobierno general. La plaza estaba provista de recursos abundantísimos de boca y guerra y de excelentes fortificaciones sostenidas por dos fuertes hechos en toda regla y bien artillados que dominaban, desde las eminencias en donde estaban colocados, las tres cuartas partes de la poblacion.

Nosotros contábamos dos mil quinientos hombres á lo mas, de los cuales había que descontar el gran número de agregados que siempre llevan consigo los que se pronuncian, el de los que no tenían armas y el de los reclutas, que durante el tránsito se habían separado de los campos de labranza para meterse á las

filas. Nuestra artillería ademas de ser escasa no estaba bien dotada de parque y á poco se notó que el que nos estaba llegando de Monterey se encontraba húmedo, mal equilibrado y en pésimas condiciones para operaciones de sitio. Mientras que abundaban los botes de metralla muy buenos para batirse en descubierta, se carecía de bombas y de balas rasas, que eran los proyectiles que allí se necesitaban para abrir brechas ó apagar los fuegos del enemigo.

Y todo eso no era nada, una vez que aunque reducida nuestra tropa estaba animada del mayor entusiasmo y demostraba siempre el mayor ardor por combatir, sino la poca union que reinaba entre nuestros jefes superiores. Desde que Martínez había tomado á su cargo las disposiciones para establecer el sitio, los jefes de cuerpo de las fuerzas de Treviño recibían refunfunando sus órdenes y solo obedecían por el instante de la propia conservacion al frente del enemigo.

La desconfianza, el recelo, la tirantez con que se veían y trataban los generales Treviño y Martínez, cundía á los jefes y oficiales de ambas fuerzas y solo alguna vez servía de estímulo todo esto para darse mayores pruebas de valor y alcanzar hechos de armas mas brillantes.

En otras ocasiones perjudicaban mucho estos celos y competencias, segun se verá en los casos que voy á tener que referir despues. Por ahora basta á mi intento afirmar que los sitiados tenían las mas grandes ventajas sobre los sitiadores, principalmente por-

que á estos les faltaba armonizar bien su accion y sus intereses.

En los primeros dias del sitio íbamos siempre á recibir órdenes y á rendir parte circunstanciado de las operaciones practicadas al Cuartel General; pero en una vez se nos dijo que el general Treviño dormia, que habia estado indispuerto y no podia despertársele, pudiéndonos entender con su secretario el Dr. Manuel Fernández á quien le habia dejado sus instrucciones.

Desde tal ocasion yo fuí quien seguí concurriendo al Cuartel General á rendir los partes y á recibir las instrucciones, entendiéndome casi siempre con el Srío. Fernández porque el general en jefe seguia con sus indisposiciones cotidianas, hasta un dia en que los indios cazadores de venados que estaban en la plaza me hirieron el caballo. Esos indios cazadores de venados, contratados por los de la plaza, eran kikapoos y muy diestros en el tiro de rifle de garbanzo. Estaban apostados fuera de uno de los fuertes en un punto en que se dominaba todo lo ancho de la calle mas frecuentada por nosotros, siendo ese el punto desde donde lograron hacernos algunas bajas, en los primeros dias del sitio.

El general Martinez ya no quiso permitir que se transitara por allí sino en casos indispensables y á mi me prohibió terminantemente que continuara haciendo mis espediciones de tres y cuatro veces al dia al Cuartel General.

Prefirió echarse encima toda la responsabilidad de

sus actos, dictando todas las disposiciones que le parecieron convenientes para activar todas las operaciones. Era cierto que no cubria las fórmulas de la disciplina militar y que acaso producía gran disgusto con su proceder al general en jefe; pero en cambio se sentía mas desembarazado y podia obrar con mas libertad.

La línea toda habia avanzado dos calles en sus trabajos de circunvalacion y ya muy pronto iban á establecerse los parapetos á cinco metros de distancia de las murallas construidas por el enemigo. Este que se sintió amenazado por el peligro inminente que iba á poner sobresaltada á la guarnicion con la amenaza de un próximo asalto, probó en un dia á la señal de las doce en punto romper la línea y efectivamente la rompió en los momentos de la sorpresa.

Casualmente los puntos atacados fueron los que nosotros vigilábamos mas directamente en el centro y aquí fué donde se sorprendió primero á nuestros centinelas y luego á nuestras guardias que fueron lanzadas de sus puestos inmediatos á los parapetos que dentro de las casas y en las calles se habian improvisado. Una columna de infantería de cuatrocientos hombres con arma al brazo y protegidos por un fuego que se hizo general en toda la línea, se metió entre nosotros produciendo la confusion mas espantosa.

Nuestros soldados y nuestros oficiales comenzaron á retirarse en desórden y principalmente los que sintieron descubiertos sus flancos por donde se habia roto la línea.

El general D. Pedro Martinez que jamas llegó á

desconcertarse ni en los lances mas criticos, acudió con ánimo sereno á donde era mas inminente el peligro á dictar sus disposiciones: comprendió que íbamos á ser envueltos y derrotados en toda la línea si no se dictaba oportuno remedio y mandó uno tras otro á sus ayudantes por las reservas. Yo mismo iba en busca de ellas porque ya estábamos siendo vencidos si no se presentaban en el acto á recobrar el terreno perdido, cuando me encontré con el general Manuel Orellana, con cien de sus rifleros que pie á tierra y arrastrando sus sables se precipitaron haciendo un fuego vivísimo sobre el engreido enemigo que se habia posesionado de nuestras líneas.

El ataque fué tan vivo y tan oportuno que no pudo ménos que hacer retroceder al enemigo en desorden, el cual volvió á sus posiciones y todavía de allí mismo fué rechazado por los nuestros que habian recobrado ánimo en toda la línea. En consecuencia, nuestra derrota que parecia ya inmediata, se convirtió en una espléndida victoria, gracias á la intrepidez con que se lanzó Orellana con su puñado de hombres á recobrar las posiciones que habíamos perdido. En esta vez lo que nos ayudó tambien poderosamente fué el fuego graneado producido por las armas de repetición de la reserva, pues no parecia un ataque de cien hombres sino de cien mil con el eco de las detonaciones reproducido en el interior de las habitaciones en donde se hizo mas encarnizado el combate.

A los dos dias de este suceso llegaron á visitarnos al oscurecer los generales Treviño y Naranjo: andá-

bamos enseñándoles nuestras obras de *aproche* cuando nos fué anunciado un correo del interior que venia cargado de pliegos.

¿A que no adivina el lector lo que nos traía? La noticia oficial del pronunciamiento de Oaxaca con los generales Diaz á la cabeza y el famoso plan de la Noria, cosas ambas que todavia nos eran desconocidas en aquellos términos. Es decir, sabíamos que el general Diaz debía haberse pronunciado, pero no nos constaba el hecho comunicado por él mismo. Del mismo modo sabíamos cual era el plan, pero ignorábamos como habia quedado redactado el texto definitivamente.

Estábamos á la sazón en una casa atrincherada y llena de troneras: á seis pasos de nosotros estaba la fortificación del enemigo y allí sobre los tambores y los sacos de tierra formamos corrillo y mientras los generales formados en rueda, alumbraban teniendo la en la mano unos mecheros alimentados con manteca, yo me puse á leer en voz alta los principales documentos.

Todos oían con mucha atencion los considerandos del plan de la Noria sin oirse una que otra expresion de disgusto cuando se hacia mérito por ejemplo de la eliminacion de los lerdistas y de otras generalidades; todos escuchaban con el mas religioso silencio la lectura de aquel importante documento que iba á servirnos de bandera, cuando repentinamente fuimos interrumpidos por una lluvia de balazos. El enemigo estaba tan cerca que probablemente habia advertido nuestra reunion allí y se proponia acabar

de un golpe la lucha: entónces apagamos las luces y cada cual se dirigió á ocupar su puesto, recogiendo por mi parte con toda calma cuantos papeles estaban esparcidos por el suelo.

El fuego de cañon y de fusileria se estendió por toda la línea, sin que nadie supiera quien atacaba á quien, ni qué objeto podia tener aquella granizada de balazos, dirigida casi al viento, una vez que el primer impulso del enemigo que nos quiso sorprender habia sido rechazado con el solo fuego que nuestros soldados le hizo por las troneras.

Al dia siguiente que ya no estábamos en reunion, tuve oportunidad de leer primero para mi todo el plan de la Noria y de leerlo despues de cabo á rabo á cada uno de los generales. Treviño lo encontró insustancial; Naranjo poco á propósito para conmover á las masas; Guerra inpolítico y todos los demas lo veian como un plan lleno de vacios y con mucha sobra de palabras, sin significado y sin objeto.

El general D. Pedro Martinez escuchó la lectura del plan con suma atencion y me dijo despues de haber reflexionado un momento:

—Si triunfamos, aunque el plan sea malo, todos lo han de tener despues como bueno. Lo principal por lo mismo es triunfar.

—¿Y en seguida?

—Cuando sea nuestra esta plaza y tengamos un apoyo de cinco mil hombres, podremos renirnos los jefes y proponer al general Diaz la reforma del plan.

En seguida llamó á sus ayudantes, les repartió los impresos y les dijo:

—Háganlos vds. leer en toda la línea, cuidando de que al concluir se grite fuertemente: ¡viva el general Diaz! ¡viva el plan de la Noria!

CAPITULO XVII.

ALACANTO DE QUINCE.

Aquello vino á terminar el espíritu de la tropa que veia correr los días sin que se hiciera nada. Los oficiales y soldados se iban cansando cada vez más por la falta de noticias y de actividad. El general Diaz, que estaba en el punto de mira de los enemigos, se iba haciendo cada vez más popular entre el pueblo. Los soldados se iban cansando cada vez más por la falta de noticias y de actividad.

A esta sazón ocurrió que uno de los jefes mas valientes de la Division Martinez, que habia sido despedido para proporcionar algunos recursos, el general Bibiano Hernández, llegó al campamento. Con quien primero tuvo que encontrarse fue con el general en jefe y este le ordenó que con sus doscientos hombres mal municionados ocupara el punto del Calvario, po-